Alejandro Magno

PIETRO CITATI

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones

Título original: *Alessandro Magno*
© 2004, Adelphi Edizioni S.P.A. Milán

Este libro ha sido contratado a través de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© Pietro Citati, 2015
© de la traducción: Teresa Clavel, 2015
© de esta edición, 2015:
Gatopardo ediciones
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
www.gatopardoediciones.es

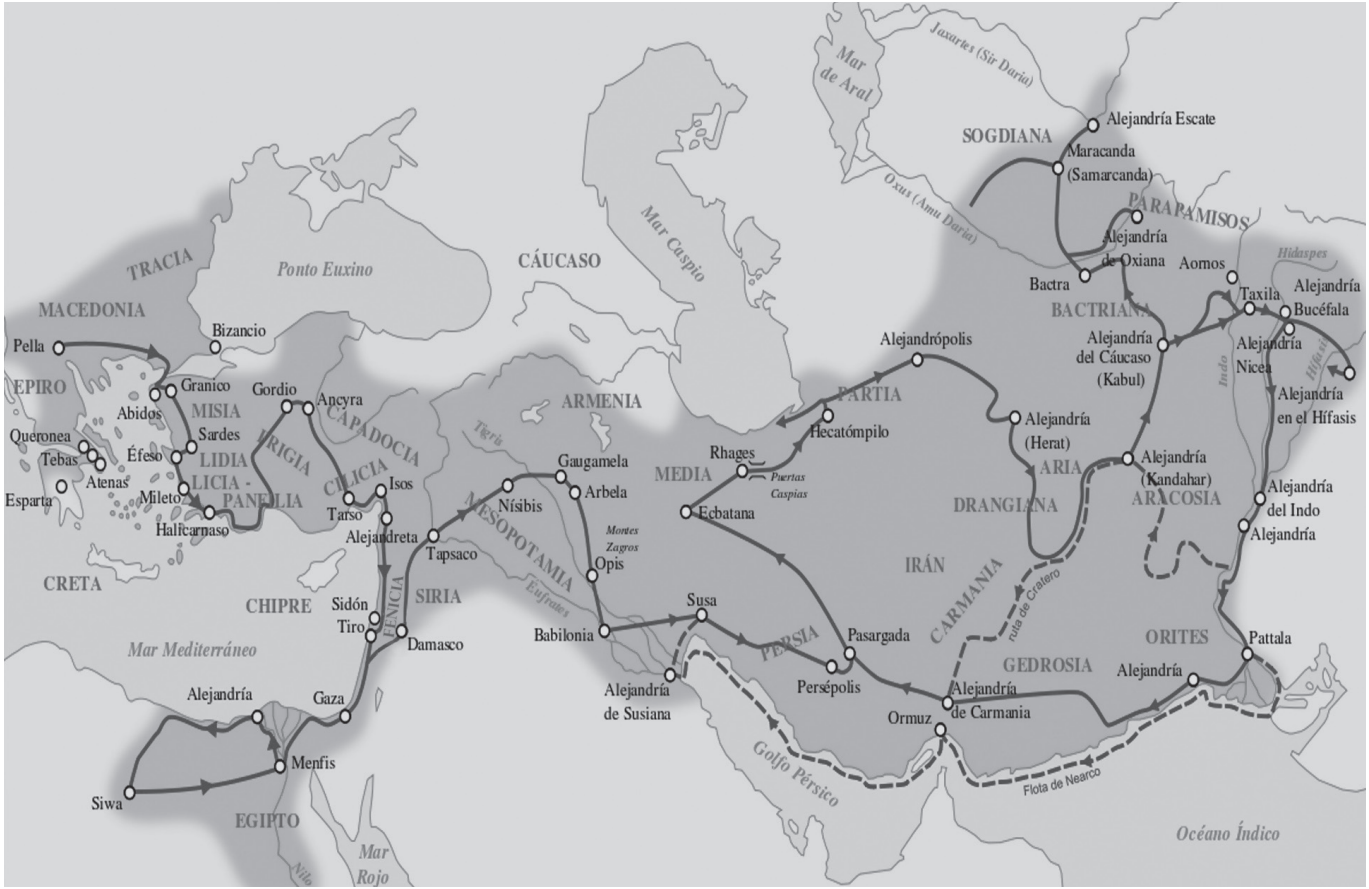
Primera edición: septiembre de 2015

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:
Alejandro combatiendo contra el rey persa Darío III en la batalla de Isos.
Detalle del mosaico de la Casa del Fauno de Pompeya.
Museo Arqueológico Nacional de Nápoles (Italia)
Imagen de interior:
Mapa que muestra la extensión del imperio de Alejandro Magno.
(Mircalla22, bajo licencia CC BY-SA 3.0)

ISBN: 978-84-944263-0-8
Depósito legal: B-17346-2015
Impresión: Reinbook Imprès, S.L
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



Mapa que muestra la extensión del imperio de Alejandro Magno.

Para Stefano

CAPÍTULO I

Alejandro Magno tenía la costumbre de inclinar ligeramente la cabeza hacia la izquierda, como alguien que titubea mientras reflexiona sobre sí mismo o sobre algo. Su mirada, colmada de «una cálida y nítida dulzura», se dirigía casi siempre hacia arriba, en pos de presagios, señales y revelaciones que asomaban entre las nubes del cielo. Su carne era blanca, delicada, con toques de color rojo púrpura en las mejillas y en el pecho. Su piel desprendía una fragancia que impregnaba las ligeras túnicas de lino. Probablemente —añade Plutarco— la temperatura de su cuerpo era elevada, casi abrasadora, similar a la de las regiones áridas del planeta, «donde crece la mayor cantidad y calidad de aromas». Ese ardor consumía la humedad excesiva —que entorpece y vuelve pesados y corruptibles nuestros cuerpos— y lo envolvía en la misma fragancia de los preciosos perfumes de Arabia.

Cuando leemos esa página de Plutarco, o contemplamos en el Museo Británico la copia del famoso busto de Lisipo, tenemos la impresión de conocer a un joven

soñador, algo pretencioso, uno de esos ricos y distinguidos aficionados a la literatura y la filosofía que en los diálogos de Platón salen a escena unos minutos, dicen algo y desaparecen para siempre, envueltos en una oscuridad que nada es capaz de iluminar. También Alejandro podría haberse convertido en un simple aficionado a la literatura. Cada noche, antes de dormirse, leía unos versos de la *Ilíada* para después volver a guardarla bajo la almohada. Veneraba a Píndaro, le gustaban las tragedias de Eurípides, conocía la filosofía, las matemáticas, la medicina y la botánica de su tiempo. Si se hubiera contentado con leer libros, ahora Alejandro no sería sino uno de aquellos bellísimos jóvenes, muertos prematuramente, a quienes Kavafis dedicó sus livianas lápidas de aire.

Pero Alejandro no había nacido para estos destinos modestos, oscuros y envidiables. Y así, el efebo de la cabeza ladeada se convirtió en el mayor conquistador que la Historia haya conocido jamás: el modelo de Pompeyo y de César, el sueño de Germánico, de Nerón, de Trajano, de Adriano, de Luis XIV y de Napoleón. Nadie conmovió tantos corazones ni despertó tantas fantasías y entusiasmos como este macedonio que desapareció a los treinta y dos años sin dejar herederos a su espalda. Dos ciudades de China, cuya existencia él ni siquiera sospechó, aseguraban —según un historiador bizantino— haber sido fundadas por Alejandro. En una perdida localidad de Kirguisia, su tumba, donde jamás yacieron sus huesos, era venerada como un santuario. Y durante siglos, los jefes de las tribus montañesas de Afganistán, Pakistán, Cachemira

y Pamir sostenían que por sus venas corría su sangre, y que se casaban sólo entre ellos para conservarla pura. Las leyendas de todos los pueblos y religiones se apropiaron de su figura. En las tradiciones judaicas se convirtió en un precursor del Mesías; en las musulmanas, en un héroe del Islam que había conquistado la India; en las egipcias, en el último de los faraones; en la Edad Media francesa, en un explorador de los cielos y las profundidades marinas; en la alemana, en el rey de los gnomos; en Abisinia, en un santo cristiano; y en Babilonia, en un viajero que había atravesado el País de las Tinieblas y llegado a orillas del más lejano de los océanos.

A veces la imaginación de los hombres elige una figura del pasado y deposita en ella sus aspiraciones, como sucede con la cristalización de los sueños. Pero los montañeses del Hindukush y el Himalaya, los sacerdotes coptos, los habitantes de Kirguisia, los innumerables lectores occidentales y orientales del *Libro de Alejandro* no lo amaron solamente por haber sido un buen estratega o el político más ilustrado de la Antigüedad clásica. El motivo de dicha veneración universal fue otro. Mientras que todos intentamos ser nosotros mismos —«personas»—, Alejandro no se preocupó de ser el que era. El hijo de Filipo y Olimpia, un hombre no muy alto, de cabellos rubios, que se sabía de memoria las tragedias de Eurípides, quiso imitar algo que había existido y muchos creían acabado. Con toda la fuerza de la pasión, puso ante los ojos de su mente una infinidad de figuras divinas y heroicas, y trató de resucitarlas y reencarnarlas en su propia vida. Su

tentativa no fue ni la primera ni la última, pues si toda la Antigüedad clásica y cristiana vivió de imitaciones, ninguna se había llevado a cabo jamás con semejante ardor y tan grandiosa riqueza.

Los modelos de Alejandro fueron un dios, un semidiós, un héroe y un soberano: Dioniso, Hércules, Aquiles y Ciro el Grande de Persia. Como Aquiles, del que su familia materna afirmaba descender, deseó ante todo ser un héroe guerrero. Mientras sus rivales combatían escoltados por diez mil guardias, él iba siempre a la cabeza de las tropas, era el primero en escalar muros y torres, armado de lanza y espada, con un gran penacho increíblemente inmaculado que coronaba el yelmo. La *Ilíada* le enseñó que sólo podía cultivar dos pasiones, las únicas épicas y nobles: la ira furibunda y la amistad más desinteresada. De Hércules, antepasado legendario de su familia paterna, aprendió la virtud opuesta, la de soportar con obstinada resignación los pesares del mundo: los sufrimientos efímeros y violentos de la guerra, y los interminables del hambre, la sed, el cansancio y la desesperación.

De pequeño, su madre lo había iniciado en los misterios, las orgías y los raptos de Dioniso. Alejandro fue, hasta su muerte, un apasionado de los banquetes rituales, que al prolongarse a lo largo de días y noches ponían a prueba las fuerzas y permitían alcanzar, en estado de ebriedad, todo cuanto la vida cotidiana nos oculta. De Dioniso tomó Alejandro su extrema inquietud —que lo convirtió en un rey vagabundo cuyo verdadero palacio era una

tienda—, el deseo y la avidez de superar cualquier límite, y aquella cólera desgarradora que, de vez en cuando, irrumpía furiosamente en su vida. El último de sus modelos no era griego. De entre todos los soberanos del pasado, Alejandro veneró a Ciro el Grande, fundador del Imperio persa. Siguiendo el ejemplo de Ciro, extendió su propio imperio hasta los confines de la tierra conocida, y fue igualmente tolerante con las tradiciones y religiones de los pueblos sometidos. No distinguió entre vencedores y vencidos, ni tampoco entre persas, macedonios, griegos y bárbaros. Él sólo veía súbditos con los mismos derechos.

Quizá ningún otro hombre llegó a integrar en sí mismo tantas personalidades distintas, dispuestas en torno a un centro que, hoy en día, continúa escapándosenos. Fue multiforme, múltiple, un manojo imprevisible de contradicciones que no nos parece que pueda pertenecer a la estirpe de los poderosos, sino a la de los escritores grandes y anónimos —Shakespeare y Balzac— que llevan en su seno a todas las criaturas, las cosas posibles e imposibles, las ciudades reales e imaginarias. Puesto que no era uno, sino *muchos*, podía comprender cualquier situación y aceptarla con la mayor flexibilidad o disimulo. Si debía conducir las tropas al asedio de una ciudad, era Aquiles; Hércules, si debía dar ejemplo de templanza; Dioniso cuando atravesaba la India; y Ciro, cuando dirigía las filas de un imperio universal. Alternaba el entusiasmo y la frialdad, la temeridad y la prudencia, la velocidad y la lentitud, el desenfreno y la moderación, la crueldad y

la compasión, la arrogancia y la benevolencia, el impulso hacia el infinito y la atención por los más pequeños detalles.

Todas las figuras a las que imitó vivían en su conciencia, la una junto a la otra. Dioniso y Hércules, cuyas peripecias se habían desarrollado en los albores del mundo; Aquiles, que había combatido en Troya en la baja edad micénica; y Ciro, que había reinado dos siglos antes que él, cohabitaron durante los años de su breve existencia, la cual se convirtió en una inmensa extensión sin tiempo, en donde todos los tiempos podían confluir. El pasado se homogeneizó en su espíritu; el presente se extendió desmesuradamente hasta engullir el pasado; y el futuro ya estaba allí, listo para nacer, puesto que la leyenda que transformaría su figura se estaba forjando a medida que transcurría su vida. La mayoría de los que reparaban en sus actos —macedonios, griegos, persas, indios, amigos y enemigos— sentían que una especie de frontera invisible los alejaba de aquel hombre que vivía dentro del tiempo y fuera de él. Combatía y lo herían como a cualquier mortal, bebía y se emborrachaba como un soldado..., pero ¿era, en verdad, un hombre?

Si los demás ignoraban quién era, quizá tampoco Alejandro nunca supo realmente a qué mundo pertenecía. ¿Era un hombre o una criatura de origen divino como ésas a las que intentaba asemejarse? A principios del año 331 antes de Cristo atravesó el desierto de Egipto y de Libia hasta el oasis de Siwa. En ese lugar prodigioso, entre las palmeras y los olivos, junto a bloques de sal de los que

manaba un agua fresca y dulce, al lado de la «fuente del sol», tibia al amanecer, fría a mediodía y ardiente a medianoche, vio el templo del dios Amón, uno de los oráculos más famosos de la Antigüedad. La tradición cuenta que, en el templo, Alejandro tuvo la revelación de que no era hijo de Filipo de Macedonia, sino del dios Amón, que se había unido a su madre adoptando la forma de una serpiente. El episodio se relata de formas tan diversas que resulta difícil interpretarlo. Únicamente podemos decir que Alejandro entró solo en el santuario, y allí tuvo «revelaciones secretas e inefables» que custodió siempre en silencio, como se custodian en silencio las cosas supremas. Le escribió a su madre para decirle que sólo podía revelárselas a ella, de viva voz y no por escrito. Pero no la vio nunca más. Y nosotros ignoramos de qué se enteró Alejandro en las profundidades del santuario.

Vivir con tal peso de imágenes sobre los hombros era el deseo de su existencia: Alejandro logró realizarlo, y fue feliz, si es que esa palabra tiene algún sentido. Sin embargo, comprendió lo difícil y peligroso que es para un hombre tener tantas almas. En cada momento de su vida debía hacer coexistir en su interior los gestos y actos de Aquiles y los de Ciro, así como los sentimientos de Dioniso y los de Hércules, aunar distintos modelos cuando cada uno de ellos pugnaba por manifestarse sin los otros o en contra de los otros. Cuando esa infinidad de imágenes y épocas irrumpía con mayor violencia en su mente, Alejandro tal vez se preguntara: «¿Quién soy yo? Este sentimiento que ahora creo experimentar, este ges-

to que ahora me parece emprender, ¿es mío o es el gesto de otro que tuvo lugar en una época inmemorablemente lejana? ¿Vivo aquí, en Babilonia, en Persépolis, en la India, o entre los dioses, los muertos, las cosas repetidas, consagradas, acabadas?». Acometido por estas sensaciones, que ni el vino ni el sueño podían mitigar, Alejandro temió perderse en la más angustiosa de las profundidades.